
7 El rostro de Cristo en los sacramentos

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo” (Jn 6,51)

Objetivo

Redescubrir que en los sacramentos se da un verdadero encuentro con Cristo y fomentar el deseo de recibirlos con frecuencia.

Introducción

Durante la mayor parte de la historia, toda relación tenía que darse de modo directo y personal. Poco a poco, fueron apareciendo aparatos que hicieron posible la comunicación a distancia, hasta que la tecnología irrumpió de manera imparable en la vida ordinaria y ya no hay que esperar a estar con la persona para poder relacionarse con ella en el momento. Y se nos prometen muchas más cosas para un futuro no muy lejano. Todo llegará. Además de facilitar el trabajo profesional y la amistad, estos medios nos han ayudado a crecer en expectativas y en posibilidades personales. El mundo se ha hecho pequeño y todo está más que nunca al alcance de la mano.

Guardando las distancias y sin ánimo de comparar cosas tan distantes, también nuestra relación personal

con Dios cambió rotundamente con la Encarnación del Verbo. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas: en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (Heb 1,1-2). Cristo, Verbo de Dios hecho carne como la nuestra, es la Palabra definitiva de Dios al hombre. En Él, “es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo” (TMA 6). Desde ese momento la amistad con Dios es posible a través de la Humanidad Santísima de Cristo, como hemos visto anteriormente.

Esa relación personal no terminó con la Ascensión del Señor a los cielos. Él no nos ha abandonado. Él permanece entre los hombres y nuestro trato con Él sigue siendo posible. Para ello, el Señor instituyó los sacramentos. En ellos y a través de ellos nos llega la gracia de la Redención a todos los hombres. Pero no sólo su gracia, también su Ser, su Persona. En ellos se nos entrega Cristo, el Hijo de Dios, el Dios encarnado en el seno de la Bienaventurada Virgen María. Porque, en los sacramentos, es Él el que se nos hace presente, de modo misterioso, sacramental, pero verdadero. El conocimiento y el amor a Cristo en nuestros días, debe hacerse necesariamente a través de estos canales, que son los sacramentos, queridos por Dios, instituidos por Cristo y administrados por la Iglesia. Es una verdad fundamental que la participación en los sacramentos es un encuentro personal y también comunitario con Dios. De ahí nace la importancia de vivir una vida sacramental seria y profunda. No se trata de un mero trámite. El hombre se encuentra con su Salvador en una intimidad que, de ningún otro modo

puede realizarse aquí en la tierra. Evidentemente, para un cristiano adulto la vida sacramental se reduce a la celebración de los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. El Bautismo y la Confirmación se recibieron en su momento y su gracia particular sigue actuando en nosotros, pero su celebración, una vez recibidos, siempre será, no ya como sujeto del mismo sino para acompañar a quienes vayan a recibirlo. El del Matrimonio o el del Orden sacerdotal son sacramentos que se reciben una vez, y no necesariamente, y a quienes los reciben, lógicamente, su gracia les acompaña de por vida. El Sacramento de la Unción esperamos recibirlo todos cuando sea preciso, incluso más de una vez, pero no podemos recibirlo más que en determinadas circunstancias. Por eliminación nos quedan esos dos maravillosos sacramentos: Eucaristía y Reconciliación. El simple hecho de poder recibirlos con frecuencia, implica ya su necesidad. En ellos también nos encontramos con Cristo, es más, seguramente sean los dos sacramentos donde se percibe mejor este encuentro personalísimo con el Señor. En el Sacramento de la Reconciliación, el cristiano se enfrenta con el Salvador cara a cara. El término “enfrenta” pretende ser utilizado en esta ocasión en su sentido etimológico: “ponerse frente a”. Cuando celebramos este sacramento, nos ponemos delante del Señor y nos manifestamos tal como somos, sin caretas y expresamos lo que más nos cuesta: nuestra interioridad. Abrimos de par en par el corazón y el alma, para que Cristo nos purifique y su redención llegue a nuestras vidas. La relación con el Señor se da a través del perdón, el signo más grande de la misericordia y la grandeza de Dios. El cristiano se encuentra y se abandona en los brazos amorosos del

Padre que, por medio de los ministros de la Iglesia, nos acoge, consuela, perdona y bendice.

Del sacramento de la Eucaristía hay que decir con santo Tomás de Aquino: “si en todos los sacramentos se recibe la gracia de Dios, en el de la Eucaristía se recibe al mismo Autor de esa gracia”. No hay un encuentro mayor entre el hombre y Dios mientras estamos *in statu via*, como peregrinos. En este sacramento, la Humanidad de Cristo se esconde bajo las apariencias del pan y del vino, y se nos da, no ya de modo espiritual, sino también material, como alimento físico y real. Su presencia en el sagrario nos ayuda a tenerle presente en nuestra vida, a no sentirnos huérfanos en nuestras luchas diarias. La celebración sacramental de la misa, nos hace conscientes del sacrificio redentor de Cristo que se renueva incruentamente en el altar. Asistimos al misterio de la cruz y de la entrega del Señor como propiciación por nuestros pecados, nos alimentamos con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, verdadero pan de vida, que es viático para quienes esperamos alcanzar la vida eterna, la vida verdadera junto a los mártires y los santos adorando al Cordero que quita los pecados del mundo.

Partiendo de la vida (ver)

1. Buscar un hecho de vida que muestre cómo me acerco a los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación: si acudo a ellos con verdadero afán de encontrarme con Cristo, de ser perdonado por Él, alimentado por Él, de estar con mi Señor; o si, por el contrario, la rutina me ha hecho su presa y los recibo

con poca preparación o incluso, casi sin enterarme.

2. Puedo contar también aquella ocasión de especial dificultad personal, espiritual o familiar, en la que me di cuenta con claridad de que lo que me haría mucho bien era acudir al sacramento de la Penitencia en busca de perdón, consuelo, apoyo y bendición. También podría servirnos como hecho de vida esa vez en la que sentí cómo la gracia del sacramento del Matrimonio o de la Confirmación, recibido años atrás, me auxiliaba en un trance delicado de mi vida familiar o laboral.

3. Hechos de vida que dejen ver mi actitud cuando voy a algún bautizo o a una confirmación, si lo presencio todo como mero espectador, o si participo de forma activa, orando, alabando al Señor, comulgando, como piedra viva de esta comunidad que es la Iglesia que recibe a un nuevo miembro o le da su mayoría de edad en la fe.

4. Hay circunstancias que pueden dificultar la celebración del sacramento de la Penitencia o de la Eucaristía. Si es mi caso, podría exponer la nostalgia que me produjo y el deseo grande que tenía de recibirlos.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- Por el Bautismo somos sepultados en la muerte de Cristo (Rom 6,3-4; Col 2-12) y resurgimos como nueva criatura (2Cor 5,17; Gál 6,15); nacer del agua para entrar en el Reino de Dios (Jn 3,5-6).

- El Señor es el único con poder de perdonar (Mt 9,2; 1Jn 2,1-2); sus apóstoles recibirán ese poder del Maestro, y será Él quien perdone a través de ellos (Jn 20,21-23; Mt 18,18). Necesidad de reconciliarnos con Dios (2Cor 5,20) y con el prójimo (Mt 5,23-24). El Padre nos perdonará si nosotros perdonamos (Lc 11,2-4). La parábola del hijo pródigo, expresión de la misericordia de Dios (Lc 15,11-32).

- Sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía (Jn 6; Mt 26,26-28; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20; 1Cor 11,24-26). Con la Eucaristía anunciamos la muerte del Señor (1Cor 11,26). Eucaristía como piedra de escándalo (Jn 6,60).

- La Confirmación nos marca con el sello del Espíritu Santo (2Cor 1,22; Ef 1,13; Ef 4,30), que es promesa de protección divina (Ap 7,2-3; 9,4).

B) Magisterio de la Iglesia

- Los sacramentos, lugar privilegiado de encuentro con Cristo (RP 27; LG 7; AG 36); medios por los que “actúa su fuerza redentora” (RP 31); relación entre sacramentos y creación (LS 235-236); los sacramentos transmiten la riqueza de la fe de modo particular (LF

40); los sacramentos como camino de santidad (LG 11); en ellos, lo visible se abre a lo eterno (LF 40).

- “La Iglesia vive de la Eucaristía” (EdeE 1); la Eucaristía es “un amor que no conoce medida” (EdeE 11); construye la Iglesia (EdeE 21-24; SCa 14); es culmen de todos los sacramentos (EdeE 34; PO 5; SCa 17); don de la Persona de Cristo (EdeE 11-13; SCa 7;30); y es “prenda de la gloria futura” (EdeE 18; LG 35; SC 47; GS 38; SCa 30).

- En la Eucaristía, Cristo toca nuestra existencia (EG 264; AG 9); y se hace nuestro alimento (DD 44; SCa 7). La Eucaristía es “el precioso alimento para la fe” (LF 44); y el continuo ejercicio de nuestra redención (LF 3; SC 2; PO 13). La institución de la Eucaristía (SCa 10). Relación entre la Eucaristía y los demás sacramentos (SCa 20-29; EdeE 37).

- Preciosa descripción del domingo, Día del Señor (DD 19-30; SCa 73-74); el día del Señor se convierte en el día de Cristo (DD 18); el domingo, día de sanación (LS 237). Sobre el sacramento de la Reconciliación (RP 30-31). En la Reconciliación experimentamos la grandeza de la misericordia (MV 17); es misterio de la piedad, misterio de Cristo (RP 20). Del Bautismo “renacemos para seguir a Cristo” (LF 42).

Compromiso apostólico (actuar)

Proponemos como compromiso para este tema repasar un poco nuestra vida de sacramentos en cuanto a frecuencia, preparación, valoración que hacemos de ellos, y procurar que se conviertan en un momento de

auténtico encuentro con Cristo.

Un compromiso precioso podría ser localizar alguno de esos sagrarios abandonados y, al estilo de san Manuel González García, el obispo del sagrario abandonado, procurar “cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado, alimentarlo con mi amor, calentarlo con mi presencia, entretenerlo con mi conversación, defenderlo contra el abandono y la ingratitud...”. También podríamos leer la vida de este apóstol de la Eucaristía y dejarnos empapar de su amor por Jesús en el sacramento del altar.

Otro compromiso bonito sería facilitar a alguna de las personas mayores de nuestro entorno, el acceso a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, acompañándoles a una iglesia sin barreras arquitectónicas, llevando el sacerdote a su casa, ayudándoles a prepararse, animándoles si hiciera tiempo que no se acercan a ellos...

Como grupo, podemos comprometernos a preparar unas notas sobre estos dos sacramentos y leerlas antes de las misas, para enseñar el significado de los ritos a los que no los conozcan y recordarlo a los que sí lo saben de antes. Otro compromiso de grupo podría ser organizar en la parroquia un turno de vela ante el Santísimo y procurar así que no esté solo mientras permanezca abierto el templo.